

se marchó Solignac — á ese *tío* hace cuarenta años le hubiera yo mandado propinar un buen pié de paliza por mis lacayos. ¡Habrased visto! ¡Creer que va á casarse sin más ni más con una Navailles!... ¡Y esa cabeza de chorlito que se enamora de un bellaco y rechaza á un Olona!... No parece, ¡vive Dios! sino que el mundo baila la más loca de las zarabandas! ¡Pardiez! ¡ya no sabemos á dónde van á ir parar las cosas!

Solignac no dijo á Luisa más que estas palabras:

—No he conocido á mis padres; Solignac es el nombre de la aldea en que he nacido. Pero ese nombre que el enemigo conoce y mis soldados respetan, no basta al marqués de Navailles. El bastardo desaparecerá, puesto que es preciso. Ya no me volveréis á ver. ¡Adios!

—¡Qué locura! — repuso Luisa. — ¡Hasta la vista!

Y en cuanto Solignac se marchó, presentóse en las habitaciones del señor de Navailles.

—Sabeis herir todavía en el corazón—dijo á su abuelo.—Hoy habeis hecho á dos seres desgraciados...

—¡Cómo! ¿vos también? ¡Ah! esto es demasiado...

—¡Amo al señor de Solignac tanto como aborrezco al señor de Olona, vuestro protegido, y espero, señor marqués, que cambiareis de resolución!

—¡Yo!

—¡Vos!

—¡Nunca, os lo juro!... ¡Solignac!... ¡Solig-

nacl... ¿Qué es eso de Solignac? ¡Preguntádselo á Lanjallais, y os dirá que una «aldea», simplemente una aldea! ¡Supongo que no pretendereis casaros con una aldea!

—¡Pretendo ser feliz con el más leal de los hombres!

—¡Bueno, pues sed feliz, á pesar mio!... ¡Sois mayor de edad!... ¿Acaso vuestro Código civil no os permite exigir, *respetuosamente*—¡bonita palabra!—el consentimiento á los abuelos, lo mismo que á los padres? Lo ignoro; pero lo que sí sé, es que si os casais, yo no asistiré á vuestra boda, y que en nombre de vuestro padre...

—¡Ah! ¡demasiado sabeis que ese recuerdo me detiene!

—¡No faltaría más si no que no os detuviera!... ¡Si á lo ménos vuestro paladin tuviera un nombre... solo un nombre!... ¡pero Solignac! Yo aceptaría á Durand, Leblanc, Lenoir, Levert... ¡pero Solignac!

Luisa comprendió que, por el momento, valia más dejar al anciano con sus ideas. Sin embargo, refirió á Solignac su entrevista con el marqués y le dió á entender que en la última frase de la conversacion habia columbrado ella un rayo de esperanza.

—¡Un nombre!—dijo Solignac con amargura. —¡Puedo conquistar todos los grados, dar mi sangre y mi vida; pero tener un nombre, eso es terriblemente imposible! ¡Ah! ¡tontería humana! ¡fatalidad del nacimiento! ¡Sed bueno, valiente y amante; no dejareis por eso de ser un bastardo!... ¡un bastardo!

El coronel volvió demasiado triste de su visita al señor de Navailles, para que la señorita de la Rigaudie no notara el cambio que había experimentado el humor del joven. Trató de interrogarle, pero, con gran sorpresa suya, nada pudo conseguir, estrellándose sus esfuerzos contra un silencio completo y sombrío.

—¡Hola!—se dijo, rascándose la nariz—¿aquí hay algo grave? ¿Qué significa?... ¡Bah!—añadió—dejaría de ser mujer y lista si no le obligase a confesármelo todo.

En efecto, se mostró muy hábil y atacó a Solignac por el cariño. Le había dado pruebas suficientes de su afecto y de su abnegación, según dijo al coronel, para que pudiera fiarse en ella, depositando en su corazón el secreto de su pena.

—Hijo mío, la ingratitud es una cosa muy fea y yo no merezco que me pagueis en esa moneda. Porque, en fin, decid, si no hubiese sido por mí...

—Sí—dijo Solignac—á no ser por vos, me habría hallado sin sosten y sin fuerzas y no hubiera podido, á pesar de todos mis esfuerzos y de toda mi energía, conquistar mis charreteras. Ya lo sé, y esto es justamente lo que el señor de Navailles ha tenido cuidado de recordarme.

—¡Ah! vamos, ya empiezo á comprender. ¿Habéis pedido al señor de Navailles la mano de la señora de Farges?

—Sí—contestó Solignac.

—¿Y os la ha negado?

—Redondamente.

—¿Y quereis decirme bajo qué pretesto?

—Eso es lo que yo no quisiera repetir—dijo Solignac—porque el nombre que ha pronunciado me quema los labios.

El coronel no había notado el cambio repentino que se había efectuado en la señorita de la Rigaudie. Los azules ojos de la solterona brillaban de ira, acariciaba su huesuda barba con sus delgadas manos y se tiraba luego de los dedos con impaciencia, haciendo crugir maquinalmente sus falanges.

Algo pasaba evidentemente bajo aquellos cabellos amarillentos y aquella frente llena de pecas.

—Vamos—dijo bruscamente la señorita de la Rigaudie.—Es preciso que os expliqueis con claridad. El viejo estúpido ¿ha estado insolente? ¿Qué ha dicho? ¡Ah! ¡vive Dios! ¡hijo mío, espero que me lo digais, y tengo el derecho de saberlo!

—Pues bien—repuso Solignac sintiendo de nuevo toda su pena y toda su ira—el marqués de Navailles me ha querido como abofetear con un nombre que se dá á los que no tienen ni padres ni familia. Sabe que el nombre de Solignac no es el mío, sino el de la aldea limosina en donde me recogisteis... ¡La verdad es que ha sido una locura esperar casarme con una mujer de noble raza!... ¡La señora de Farges para un Solignac? Una Navailles á un bas...!

—Callaos. ¡Oh! ¡callaos, hijo mío!—interrumpió con arrebató la señorita de la Rigaudie, alargando sus brazos, en aquel momento casi su-

plicantes, hacia el coronel—Ya comprendo... No digais esa palabra, Enrique... ¡No la digais!

Pero recobrando en seguida su carácter y su petulancia acostumbrada:

—¿Cómo? ese demonio de marqués se ha atrevido—dijo.—¡Viejo loco lleno de preocupaciones!... ¡Cómo si el coronel Solignac no valiera todos los Navailles de la tierra, muertos y vivos!... ¿Y qué ha hecho en este mundo, ese caballero para atreverse á hacer repulgos cuando se le presenta un héroe?... ¡El señor de Navailles! Un resto averiado del tiempo de Luis XV. ¡Ah! ¡pardiez! yo me encargo de cantarle la cartilla!

—¿Vos?

—¡Yo! Voy á verle... Una la Rigaudié vale tanto ó más que un Navailles! Y si quiere darse tono con pergaminos y árboles genealógicos, yo los tengo por centenares; los jacobinos no han podido quemarlos y yo le haré ver lo que es la pura sangre de los héroes.

Mientras tanto paseaba por el cuarto y el pequeño Jack que habia entrado, la miraba sorprendido.

De repente llamó con un movimiento brusco, y ordenó que engancharan su carruaje.

—¿Vais á salir?—dijo Solignac.

—Al momento.

—¡Es trabajo perdido el ir á ver al señor de Navailles!

—¿Lo creéis así? Pues yo no. Además que quiero tener una esplicacion con él. No os pido, hijo mio, más que una cosa, que no salgais del

hotel y me espereis aquí... Dentro de una hora os traeré noticias, y mucho me sorprenderia sino fueran de vuestro gusto.

La solterona salió como una loca y del mismo modo se presentó delante del señor de Navailles, despues de haber cavilado por el camino todo lo que podria decir al marqués para convencerle de su tontería.

El anciano la recibió con el ceremonial que todo caballero bien nacido debe á una mujer—aunque esta parezca un hueso de jibia—pensó el marqués en cuanto vió á la señorita de la Rigaudié. Luego la preguntó enseguida, con su afectada cortesía, en qué podria serle agradable y á qué debia el honor de semejante visita. Conocia ya á la señorita de la Rigaudié de nombre y por haberla hallado en varias partes.

—A fé mia, señor marqués,—dijo la solterona—no es á mí á quien debeis mi visita, sino á vuestra nieta.

—¿Otra vez, Luisa?—pensó el marqués.

—El coronel Enrique de Solignac os ha pedido la mano de la señora condesa de Farges y habeis negado vuestro consentimiento.

—Sí por cierto, señorita—repuso el marqués, cuyas cejas se fruncieron al oír el nombre de Solignac,—y si el coronel insistiera en su petición—lo que no creo que haga—insistiré en mi negativa.

—¿De veras?

—De veras—dijo el señor de Navailles algo sorprendido.

—¿Y qué teneis que reprocharle al coronel?

—¡Pardiez!—repuso el marqués.—Me parece que ya se lo he dicho bastante francamente á él mismo, para creer inútil el repetíroslo... Además, ¿os ha encargado él que tratarais de reanudar una negociacion perdida? ¿Sois su amiga, ó alguna parienta con poderes suyos? Si no es así, hemos concluido, señorita; os saludo respetuosamente y os ruego me permitais retirarme á mi alcoba!

—¡Yo he venido aquí con el cargo que querais—repuso la señorita de la Rigaudie;—pero deseo que me deis una razon valedera de vuestra negativa.

El anciano marqués no pudo menos de echarse á reir.

—¡Pardiez!—dijo;—¡esto es divertido! ¡Valedera! ¡la palabra tiene graciam... ¡Valedera! ¡es soberbial... ¿Qué nombre pondrá en el contrato vuestro coronel?

—Bueno. ¿De modo que lo rechazais, porque no tiene nombre? ¡Y si lo tuviera!

—¡Ah! ¡si lo tuviera!

El marqués movió la cabeza.

—¿Y bien?—continuó la señorita de la Rigaudie.

—Pues bien, creo que estamos hablando inútilmente. ¡A los treinta años no se acostumbra á reclamar á los hijos abandonados!

—¡Abandonado ¡abandonado! ¿Y no sabeis, señor marqués que todo niño abandonado es noble?

—¡Eso lo dicen ellos!

—¡Ah! ¿de veras? ¿Y sabeis acaso de quién puede ser hijo?

—Lo ignoro completamente y la verdad es que me importa muy poco—repuso el marqués.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros.

—¿Sabeis acaso, si tiene en las venas sangre tan azul como la vuestra?

—Lo dudo, pero en último resultado, la casualidad...

—¡No hay casualidad que valga! Lo que es es un soldado admirable, un ser dotado de todas las virtudes que se exigen al hombre de raza! ¡Al noble caballero antiguo!

—Estraviado en el ejército de Bonaparte.

—¡Vive Dios! ¡vale más eso que cabalgar en el estado mayor de Brunswick!

—¡Hum! ¡hum!—hizo el marqués—¡para ser una de las nuestras, teneis una estraña manera de pensar, señorita!

—Pienso como quiero, y puedo aseguraros que pienso rectamente y bien; pero la sangre me arde, al fin, al veros rechazar un yerno que debierais acoger con los brazos abiertos. ¡Ah! ¡si yo estuviese en lugar de vuestra nieta!

—¿Qué hariais?

—Haria mi gusto y seria muy feliz.

—¡Señorita—dijo el marqués con espresion cómica y despreciativa,—creia haber recibido la visita de la hija del marqués de la Rigaudie y me parece que estoy oyendo á una ciudadana de clubs y secciones!

—¡Decid de una vez á una calcetera! ¡Oh! ¡es que sois capaz de hacer salir á cualquiera de sus

casillas! ¿Y qué sois vos mismo más que una especie de señor Veto?

—*¡Señor Veto! ¡señor Veto!*—exclamó el marqués mirando á su alrededor, temiendo sin duda que las paredes se hundieran.—*¡Qué lenguaje!... ¡Señor Veto!...*

De repente, como si estuviera en peligro con aquella mujer, gritó:

—*¡Lanjallais! ¡Lanjallais!*

—*¡Oh! no temais—dijo la señorita de la Rigaudié,—ya me marchó... pero si es porque el coronel no tiene nombre, por lo que le rehusáis vuestra nieta, el coronel lo tendrá y dejará de ser, como habeis dicho, un bastardo. El coronel tendrá padre y madre, y todo lo necesario, y entonces veremos si os negais á bendecir una union que hará la dicha de dos corazones que se aman.*

Y salió como un rayo, dejando al marqués absorto en una idea fija y repitiendo maquinalmente con gran sorpresa del señor Lanjallais estas dos únicas palabras:

—*¡Señor Veto! ¡Señor Veto!*

La resistencia convertia en revolucionaria á la solterona, tan enemiga de los jacobinos.

Sin duda creyó llevar á Solignac mejores noticias. A medida que el carruaje se acercaba á la calle de Bretagne, la señorita de la Rigaudié volvía á hacer crugir las falanges de sus dedos; iba tan perpleja y turbada como ántes.

Pero quedó materialmente desconsolada al ver la angustia pintada en las facciones del coronel y al ver aquel hermoso y varonil rostro

descomponerse, hasta cierto punto, á medida que le contaba su entrevista con el marqués de Navailles.

—Ya os lo habia dicho,—exclamó por fin Solignac con desesperacion.—Eso es irrevocable... ¡Bastardo! ¡Ah!—dijo golpeándose el pecho,—¿por qué esta bala que tengo aquí, no me ahoga y me mata en seguida? ¡Es demasiado sufrir!

—*¡Morir?... ¿Quieres morir?*—dijo la solterona con voz ahogada.

Solignac no advirtió siquiera que la señorita de la Rigaudié le tuteaba, lo que no habia hecho desde que era pequeño.

—Sí, morir;—dijo resueltamente,—quisiera morirme. ¡Para vivir así, vale más morir!...

—*¿Estás loco?*—exclamó la señorita de la Rigaudié asustada.

—Amo á esa mujer, la amo con toda mi alma. ¿Puede ser mia? No. El marqués me lo ha dicho: ¡soy un bastardo!

—*¡Un bastardo!*—dijo bruscamente la señorita de la Rigaudié.—*¿Y si no lo fueses?*

Solignac creyó á su vez, que la solterona se habia vuelto loca.

—*¿Qué estais diciendo?*—preguntó, preocupado por lo que tenían de extraño, misterioso é improbable, las últimas palabras de la señorita de la Rigaudié.

Una especie de trasformacion se habia verificado en las facciones de la solterona. Tan viva era la expresion que animaba su rostro, que era fácil adivinar bajo las arrugas de los años, la belleza primitiva de aquella. Rosa-Emma de la

Rigaudié, de la que las penas y la edad habían hecho una tierna y simpática parodia de la que fué encantadora mujer.

De sus ojos azul pálido brotaron lágrimas, y de repente exclamó:

—¡Pues bien, no morirás! ¡Vivirás y serás dichoso! ¡Y ni este testaturudo, ni nadie en el mundo, tendrá el derecho de llamarte bastardo!

Solignac esperaba, escuchaba, y su corazón le causaba dolores horribles, como si aquella muerte que deseaba, estuviese próxima.

—¡Ah!—dijo la señorita de la Rigaudié, con una especie de impaciencia de desgarrar todos los velos, de decir la verdad y de revelar el pasado para tranquilizar y salvar á Enrique,—mientras todo ha ido bien, mientras la fortuna te ha sonreído, mientras has crecido feliz, envidiado y adorado, he podido guardar un secreto que debía desaparecer conmigo... pero sufres, lloras y quieres morir.... ¡Oh! ¡eso no puedo soportarlo! ¡Que el mundo entero se burle de mí, poco me importa! ¡Hoy eres bastardo, mañana dejarás de serlo!

—¡Ah!... ¡Señora!...

—¡Señora? ¡No me llames señora ni señorita!... ¡Mirame bien, Enrique; abrázame, quíereme mucho, porque soy tu madre!

—¡Vos?

—¡Yo!

—Solignac no trató de adivinar qué secreto podía ocultar semejante revelación. Estrechó con efusión á la pobre mujer entre sus brazos,

besó su frente, sus mejillas y su cuello, llorando, riendo, sin comprender nada, pero sintiéndose, instintivamente, feliz y seguro de casarse con Luisa.

—¡Ah!—decía—en vuestra bondad y vuestra abnegación para conmigo habría debido adivinar...

—¡Tararira!—dijo la señorita de la Rigaudié enjugando vivamente sus ojos enrojecidos por las lágrimas.—¡He sido una mala madre, puesto que no he tenido valor para pasar á través de la vida cojida del brazo de mi hijo, pero paciencia! Tengo tiempo de reparar el mal que hice. No me interrogues ni trates de saber... Dejame á mí... ¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¡Ah! verdaderamente me pareces diez veces más hermoso y que te amo mil veces más desde que tengo el derecho de llamarte en voz alta hijo mio.

—¡Madre mía!

Cerró los ojos un instante la solterona, como para escuchar mejor la música de aquella dulce palabra, luego se incorporó resuelta y enérgica como un general que va á librar una batalla.

—Silencio sobre todo esto—dijo á Solignac.—Este secreto debe ser todavía nuestro durante algunas horas más. ¡Ah! ¡deja que te abrace otra vez!

Desprendióse de aquel nuevo abrazo, llamó á sus criados, y en cuanto Solignac se hubo marchado, sorprendido pero dichoso con aquella revelación que le parecía un sueño, dijo en voz alta y de aquel modo brusco con que acostumbraba á dar sus órdenes:

—¡Vamos, que me peinen... que me vistan!... ¡Mis sortijas... mis alhajas... mi vestido de brocado y mis encajes!... ¡Que no falten los polvos en la peluca de mis lacayos, Fournier, me habeis oído, y que no haya un átomo de polvo en mi landó!

—¡Vamos á ver al emperador?—dijo el señor Fournier con una sonrisa de incredulidad.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros:

—¡El emperador! ¡Valiente cosa me importa á mi el emperador!

Luego miró á Fournier y, con acento algo extraño, imperativo y conmovido al mismo tiempo añadió:

—Vamos á la calle de Postas, Fournier, á casa del señor Sylvan Chambaraud, ex-miembro de la Convención nacional!

## X

## El secreto de Chambaraud.

Treinta años antes de 1809 existía en Solignac la linda aldea limosina de la cual llevaba el nombre el coronel, un modesto propietario de profunda inteligencia y de una energía á toda prueba, que vivía solo con su madre y un colono, al que consideraba más como amigo que como servidor. Era un joven ardiente, dispuesto á inflamarse al soplo que ya empezaba á elevarse, como brisa de libertad que amenazaba llegar á huracan.

Era instruido y cada día deseaba serlo más. Leía á Rousseau, Mably, Voltaire, Diderot y el cura, buen latinista, que en otro tiempo le había enseñado á traducir el latin, solía decir: El señor Sylvan sabe más que yo.

Sylvan Chambaraud no creía que una gran ciencia fuese impedimento para entregarse á los trabajos de la tierra. No era muy rico, pero tenía los suficientes bienes para vivir su madre y él desahogadamente, sobre todo, aprovechando lo que había aprendido para desarrollar en